

TEXTO N° 9

EL CAOS BLANCO

Querida Laura,

Gracias por el hermoso libro que me regalaste y por haberme hecho descubrir esta pintura tan sorprendente. Este Gauguin será todo un genio, no lo niego, con su perro anaranjado que escandalizó a la vieja inglesa acartonada, muy bien, que rabien los bebedores de té, con sus caballos de crines verdes galopando por playas de arena rosada, el miquito de Ana la javanesa, qué monada, y sus mujeres enigmáticas, pero no me digas que este tipo no era medio raro. Dios nos libre de tener semejantes padres porque, quiérase o no, los dejó plantados a todos, mujer e hijos, en Dinamarca, con la excusa de la aventura del arte a la que tenía que entregarse plenamente, ¡pamplinas!, y mientras tanto se daba buena vida en el Trópico, según dicen, con niñas de nuestra edad. Un vivo, eso fue, un padre egoísta. A propósito de padres, déjame contarte algo que pasó últimamente en casa. No te lo vas a creer, y eso que ni te miento, ni cargo las tintas. No te dejes llevar de tu imaginación, no interpretes las cosas precipitadamente, eso me dices a cada rato, y te juro que hago caso de tus consejos. Pero por más vueltas que se le dé al asunto, a otra conclusión no se puede llegar. En mi casa, siento tener que reconocer esto, han perdido completamente los estribos, se han vuelto locos todos, locos de verdad. Fue algo terrible, que me dio mucha pena y me sigue atormentando. Y para salir del paso, amiga mía, necesito tu ayuda.

Te acuerdas de lo que nos explicó la maestra sobre no sé qué filósofo, uno del siglo XVII, que defendía la tesis de la influencia del clima sobre la gente. Cómo nos reímos entonces de sus fantasías.

Bueno, pues ahora estoy a punto de compartir su opinión. La culpa de todo lo que pasó, la tiene, te lo digo yo, la nieve, que no cabe otra explicación. Sí, la nieve Ya te imagino abriendo los ojos como platos como si yo también estuviera desvariando. No, querida, estoy en mis cabales, pero tú, desde luego, cómo vas a entender los estragos de la nieve estando en Tahití, seguro que en la playa o columpiándote en tu hamaquita de henequén, linda sí, de bonitos colores, tumbada a la bartola, leyéndote una novelita a la violeta de las que dice la maestra que terminarán por arruinarnos la cabeza con sus romanticismos de pacotilla, si no pasamos a lecturas de más envidia. Yo prefiero, por mi parte, las de indios y vaqueros, de tramperos e ingleses implacables que dicen *Goddam* fumando en pipa, con persecuciones, tiros que crepitan por todas partes, diligencias que se hunden en pantanos o arenas movedizas y trenes que descarrilan en medio del desierto. Pero qué estoy contando, madre mía. Basta ya de rodeos, si de locura es de lo que te quiero hablar. Es que me duele tanto...Pero tienes que prometer que sigue válido nuestro pacto de sangre. Acuérdate, Laura: «Hasta la muerte». Nada de fallarme a la hora de la verdad, que tendrás que echarme una buena mano para luchar contra este «légamo de locura» que va emponzoñando el aire. Viste lo bien que imito a Agustín, tú y yo lo odiamos, viejo pedante que plagia hablando a Onetti como si no nos diéramos cuenta, eso me lo hizo observar mi mamá que se ha leído toda la obra del uruguayo, pero a mi papá le gusta este hombre, no sé lo que le ve, inteligente, sagaz, profundo, dice. Profundamente aburrido y petulante, así lo encuentro yo. En fin...Al grano. Sí, al grano.

Pues, has de saber que hace unos quince días nos pasó algo realmente fuera de lo común. Ahora estamos chapoteando en una suerte de caldo marrón, un fango espeso que forma charcos repugnantes en toda la ciudad. Si es que de ciudad puede hablarse, que esto se parece más bien a una tierra de nadie triste y sucia. Pero por lo menos se respira normalmente. Ha cesado de nevar. El cielo se ha despejado. En cambio, hace quince días... Bueno, empezó la primera nevada. Como casi siempre en nuestra región de clima más bien benigno, cayó del cielo una agüita desganada, pero al poco tiempo se transformó, para gran alegría mía, en finos copos blancos que se

pusieron a volar por el aire. Daba gusto verlos bailotear en el viento de aquí para allá, posarse con delicadeza en las frondosidades del castaños, ensartarse en las hojas filosas de las matas de yuca del jardín o chocar contra las carrocerías de los coches aparcados en la calle. Caía la nieve pausadamente, con aplicación y tesón como para desmentir esa fea fama de mediocridad que tiene nuestra región. Ni fría ni cálida, ni monte ni llanura, ni chicha ni nabo. Y tanto se esforzó la nieve por ponernos a la altura de los Alpes, el Pirineo y hasta los Andes que terminó por sepultarnos bajo una capa de blancura que daba miedo. Recrudesció la nevada. Parecía como si se hubiesen abierto las compuertas del cielo y volcado sobre nosotros montañas de una extraña sustancia fofa, blanca, opaca, casi oscura. No es fácil explicarte esto, pero todo se deshilachó en torno nuestro. No se distinguía más el borde de las aceras de la calzada, el cielo del asfalto, lo horizontal de lo vertical, lo grande de lo chico. Y ni un ruido afuera, se habían esfumado los gatos, los perros, los pájaros. ¡Y nosotros que nos hubiéramos conformado con un croar de cuervo! Entramos sin darnos cuenta en la irrealidad. El mundo como que soltó las amarras y empezamos a derivar, a deslizarnos peligrosamente corriente abajo.

En la casa todos quedaron mudos de inquietud. Prendieron la radio pero no se oía ningún comentario sobre la situación que estábamos viviendo. Fue mayor aún la angustia. Los amigos que habían venido a visitarnos no se atrevieron a salir para regresar a su casa. ¿Con qué coche, además?, si el suyo había quedado totalmente enterrado bajo la nevada, como todo, y ya no recordaban dónde, con su memoria alterada por la intemperie. Por mi parte, decidí encerrarme en mi habitación y me puse a hojear nerviosamente libros de pintura para reencontrar los cálidos colores de la vida. Abajo los adultos intentaron matar el tiempo con toda clase de juegos de sociedad que nunca me han gustado, como tú sabes, ajedrez, naipes, dominó, de modo que me hice la sorda cuando me pidieron que bajara a hacerles compañía. De vez en cuando oía voces destempladas y agresivas que subían hasta mi cuarto. Hablaban cada vez más alto. Pasaron a contarse chistes mecánicamente enhebrados y sus risotadas sonaban inauténticas, crispadas. De repente se oyó un bocinazo como de barco, un mugido lúgubre de cachalote desamparado, y entonces se

rompió definitivamente el precario equilibrio logrado hasta entonces. Se desató la locura.

Te acuerdas, Laura, de este señor amigo de mis padres que a nosotras siempre nos ha caído bien, un tal Julián, alto, rubio, ni flaco ni gordo, bueno, de corpulencia regular, que tiene cara de hombre del norte. Un señor de ojos claros, ya ves quién es ahora. Si no le hubieran puesto sus padres Julián, pudo haberse llamado Haroldo o Erik el Hermoso. Suele regresar a Europa regularmente, en verano, pero, de hecho, desde hace varios años reside principalmente en Canadá, en Nueva Escocia, si mal no recuerdo, en un pueblecito costero tan chico que apenas si figura en el mapa. Mis padres y él se cartean, y cuando vuelve a Francia nunca deja de visitarnos y pasamos momentos muy gratos conversando en el jardín, bajo el ciruelo grande. Pues, mira, no me lo vas a creer, pero después del funesto bocinazo que supongo les habrá hecho pensar en Julián, al otro lado del mar, oí un gran suspiro, algo así como una queja profunda, y todos se pusieron a cortarle un traje. Me oíste, todos diciendo bobadas, que me da vergüenza repetírtelas. Y estaban tan exaltados y daban tantas voces que lograba distinguir bastante nítidamente cosas que hubiera preferido no oír nunca. Sabes cómo lo llamaban, pues, «Julián el Deslumbrado. No quise perder ripio, bajé sigilosamente la escalera y me encerré en el trastero que está frente al salón, dejando la puerta ligeramente entornada para poder observarlos.

Mal hecho, ya lo sé, pero pudo más la curiosidad. ¡«Julián el Deslumbrado»!, y se metieron con él, con un ausente que no puede defenderse ¡Villanos! Que si se fue a Canadá engolosinado por el «sueño americano». Hubo uno que incluso dijo en tono contundente que no supo resistir «el canto de las sirenas» y me pregunto yo de qué sirenas estaría hablando ese tonto, si hasta yo sé que no existen. Cómo va entonces nuestro amigo, dime tú, un señor tan culto, a caer en una trampa tan burda. Eso está bien, no te parece, para gentes de la época del rey que rabió, ingenuas y supersticiosas. Pero ahí no paró la cosa, que otro va y salta que... y me pareció reconocer la voz grave de Agustín, lo único bueno que tiene, dicho sea de paso, que la Plata, y no sé qué aumento de monumentos que le prometieron. Para serte franca no comprendí nada, porque la Plata, la ciudad en que tú naciste, qué tiene que ver con Nueva Escocia, y

además Julián es oceanógrafo y no arquitecto, de modo que no le importan demasiado los monumentos. Mira, te digo la verdad, me bullía la lengua, y quise poner mi granito de arena. Pero tremenda cosa es la educación o, mejor dicho, seamos sinceros, la timidez. Y ahora me reprocho no haber intervenido a tiempo para que parara este desbordamiento de maledicencia. Otro insinuó que Julián había salido detrás de una amazona.

¡A que tú también ignorabas lo que es! Busqué enseguida en el diccionario. Tardé en encontrar la respuesta. Tú ya sabes cómo soy. En vez de ir directo al asunto me metí en las frondosidades del *Manuel Seco*, qué libro más apasionante, me lo aconsejó Cecilia que es tan amiga de precisiones y giros finos, me fijé en «amatarse», «amatista», «amaurosis», lindo nombre y fea cosa, en «amazacotado», y por fin llegué al puerto. De modo que Julián, para que sepas, salió detrás de un pájaro, de un pájaro americano, canadiense, por supuesto. Nada de extraño tiene esto, pensé en un primer momento. Si dice el diccionario: Amazona: pájaro de América de la familia de los papagayos, de vistosos colores (gén. *Amazona*). Bueno, muy bien. Pero poco después me asaltaron algunas dudas. Por lo común los españoles son gente seria, quién lo va a negar, pero no dejaba de intrigarme que a Julián le hubiese dado de golpe por la ornitología. ¡Pasión secreta sería entonces! Seguí con mis investigaciones léxicas y me di cuenta de que me había saltado unas líneas, que rezaban así:

Amazona:

1 f Mujer que monta a caballo.

2 (*lit*) Mujer de ánimo varonil

3 (Mitol clás) Mujer guerrera de una raza habitante de

Escitia y Asia Menor.

Fíjate bien, como lo hice yo, en las tres definiciones. Denominador común: la mujer. En pos de pájaros no iba nuestro amigo. De «pájaros» no se trataba, querida. Ponlo en femenino y darás en el clavo. Otros imanes, me entendiste, lo atrajeron a Canadá. Me dice el corazón que lo que le reprochan a Julián algunos amigos de mi padre, o quizás le envidian, vete tú a saber, es el ser un hombre afortunado en amores. Laura, si los hubieras oído criticarlo, sacarle el pellejo, te hubieras asustado de verdad. Cierto es que también se habían tomado todos algunos traguitos de más. Mi padre, muy tenso,

intentó en vano hacerlos entrar en razón. Por qué no pasamos a otro tema, que nos estamos poniendo pesados a la larga. Dejarlo tranquilo al Julián, caramba, en su rincón perdido en los confines del mundo, en su villorrio glacial de Nueva Escocia, si optó por vivir en su dichosa cabaña de troncos roja. Y para desviar la atención y hacer menos angustiada la larga espera en la casa sitiada por la nevada, por el caos blanco que los enloquecía a todos, intentó el pobre darle a la conversación un sesgo cultural. Pues, mira, fue otra metedura de pata que vino a agregarse a las numerosas crispaciones que puntuaron esos tres días de convivencia forzada. Agustín y Leopoldo se pusieron como fieras. Empezaron a bramar (¿braman los humanos ?, tendré que preguntárselo a Cecilia) que Julián era un traidor, que había dado definitivamente la espalda a su pasado, al espíritu de Mayo del 68, que los valores colectivos habían dejado de importarle, que había optado por el individualismo, por la tierra del enemigo ...Y repetían como maniáticos algo medio raro, que Julián había «cambiado la casaca», de qué casaca hablarían, esto no te lo sabría explicar, si nunca lo vi a nuestro amigo con tan extravagante prenda, faldones hasta la corva y bordados, según tengo entendido, un atuendo carnavalesco, digo yo, aunque de modas no sé gran cosa. En fin... Y seguían gritando los dos que era una vergüenza, que Julián los había olvidado, abandonado a todos en medio de su exilio dorado, que para él no contaba la amistad...

Y de golpe, se desmorona Leopoldo y rompe a llorar. Y resulta que los otros, con mi padre a la cabeza, le siguen el humor. Cinco adultos en llanto, con gruesos lagrimones corriendo por sus mejillas lívidas, y yo sin saber qué hacer con ellos, físgando desde el trastero. Muy feo, ya lo sé. Habrase visto semejante psicodrama. Afuera la nieve caía sin cesar, y mientras tanto, adentro, la locura seguía laminándolos despiadadamente. Viste, Laura, yo también me asomé a tu querido Roberto Arlt. Nada de gritos ya, sino una suerte de profundo resoplido desesperado. Por fin entendí que la rabia que le tenían a Julián no era envidia, ni despecho, ni maldad, nada de eso pese a las apariencias, sino una forma inconfesada de cariño, una petición de auxilio en medio de una soledad extremada, el loco deseo de tenerlo junto a ellos, a mano, palpable, de que se reconstituyera la santa alianza de antaño que creyeron indestructible.

Ha terminado la nevada y las cosas han vuelto a su cauce. Todos han regresado vergonzosos a su casa. Borrón y cuenta nueva. Que a nadie se le ocurra mencionar ese episodio estrafalario, esa negra depresión que se apoderó de ellos. No ha pasado nada. Pero yo sé, Laura que la herida está muy viva aún, que nunca se cerrará totalmente a no ser que... Y tú, amiga mía, debes ayudarme, con los ojos azules, el pelo rubio, la tez pálida y la belleza sin par de las muchachas de tu familia. Bien sabemos tú y yo lo que retiene a Julián en Canadá. Allá tiene una «blonde» que le ha sorbido el seso. No quiero ser mala lengua, pero será por unos meses. Una «blonde», en la jerga, con perdón, de esos canadienses es una novia, ni más ni menos. Novia va y novia viene, como se sabe, en esta sociedad de consumo. ¿Lo habré dicho bien? Sociedad de consumo. So-cie-dad-de-con-su-mo. Cómo me gusta llenarme la boca con esta expresión de los adultos. Óyeme una cosa, Laura, para que no haya equivocación. La «blonde», ojo, no tiene necesariamente que ser rubia, pero por si acaso prepárate a presentarle a Julián la «blonde» más rubia, más rutilantemente rubia, el licor más potente, la más vistosa de tus tías solteras. Así lo atraparemos con facilidad este verano cuando venga a visitarnos. Ya verás cómo lo vamos a enjaular suavemente. Volverá a la querencia como las golondrinas y se quedará para siempre, haciendo felices a todos, hombres y mujeres, y renacerá la bella amistad que todos extrañan. Y a mi padre, que nunca más lo vea llorar de tristeza como aquel día en que creí que se me iban a romper las telas del corazón.

P. D.

Y ahora, Laura, para que sepas: La bella Cecilia, con quien consulté lo de «bramar», te acuerdas, me contestó con toda su sabiduría: «Pudiste ser más fina expresándote, pero es cierto que braman el toro, el ciervo, el elefante, los elementos y hasta los hombres».

Mil cariños de tu amiga